Fragmento de la novela Empecinadamente vivos, La Habana, editorial Letras Cubanas, La Habana, 2012. (Novela histórica y de amor, dedicada al ataque y toma parcial del Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957).

Del primer capítulo: «Morir en el parque Zayas»

El amigo hacía esfuerzos inútiles por levantarlo, con palabras primero, con las manos después. Lo sacudía, lo halaba por un brazo. «Dale, coño, levántate». Se hacía tarde para aprovechar la ocasión; unos segundos más y los tiradores advertirían que estaban vivos. Pero no se levantaba. Le pareció que jadeaba y recordó que era asmático, «¿Te falta el aire? Coño, un ataque de asma a esta hora..., qué jodienda, no puedo creerlo». Lo observó mejor. Verdad que jadeaba, pero no sentía el silbido del aire en el pecho; no era un ataque, o no era tan fuerte que le impidiera continuar, tenía que levantarse. Insistió con las palabras: Estaban obligados a salvarse hoy para recomenzar mañana por el principio, «Esto no se queda así, compadre, ¿verdad? Que nos saliera mal no quiere decir que nos vencieron, vamos a seguir jodiendo... Ya van a ver, el Directorio no se rinde».

Juan Pedro tenía razón, él lo sabía. Escapar ahora para salvarse y continuar luchando mañana era la única opción posible para combatientes como ellos dos, hechos a todas las circunstancias, pero para él ya no había opción, el amigo debía comprenderlo y acabar de irse, ¿por qué no lo dejaba solo y se iba?, que se salvara él y luchara por los dos.

«A mí ya me jodieron, compadre, sálvate tú».

(…)

«Coño, parece que me estoy muriendo».

La frase corrió rápida por su mente y desapareció. No dejó huellas, sino un espacio en blanco de inmedible duración, ¿cuánto duran los espacios al momento de morir?

«¿Qué será de las niñas ahora?», fue su primer pensamiento organizado cuando percibió al fin el sentido de la pesadilla y de la realidad, y el significado del dolor soñado que, ahora despierto, se repetía en su vientre. Eran todavía muy pequeñas, seis años una, seis meses la otra, seguramente lo olvidarían.

¿Qué haría la madre con ellas, trataría de que lo recordaran o, por el contrario, borraría de sus mentes toda imagen suya que conservaran? ¿Guardaría las huellas del gran amor que un día existió entre los dos, o se aferraría primero al despecho y más tarde al odio por el abandono para no sufrir su muerte?

¿Se vengaría, cuando ya no estuviera, de lo que no alcanzó a vengarse en vida? Aquel amor de primera juventud, ya reblandecido por la competencia que le hacía su entrega a una causa que era la principal razón de su vida, no tuvo fuerzas para resistir al embate supremo, al momento mágico en que sus ojos de hombre débil ante el amor se encontraron, en el patio de Bellas Artes, con los ojos de la Bruja.

¿Cómo saber la reacción de una mujer despechada cuando el hombre que la ha amado y engañado entrega su vida en aras de la libertad?

Los proyectiles disparados desde la azotea habían trazado una raya punteada en el suelo a ambos lados de su cuerpo, levantando fragmentos de piedra y cemento. Tres no llegaron a golpear contra el pavimento.

Tres proyectiles-colmillo encontraron carne de hombre en su camino y mordieron.

Sintió las tres mordidas rabiosas del impacto contra su vientre de unas balas calibre treinta salidas del cañón de un arma que no alcanzó a ver al volverse para disparar, y cuya boca estaba apuntada en su dirección en el momento en que casi escapaba de aquel infierno de polvo, balas, sangre y muerte en que se había convertido el proyecto con el cual durante tantos meses él y sus amigos, muchos ahora muertos o próximos a ser asesinados, habían soñado.

Descarga gratuita en:

https://gazeta.gt/Empecinadamente-RA